

Aqua

Antonio J. Gómez &
Diego A. Bartolomé





Una historia de
Antonio J. Gómez & Diego A. Bartolomé

Texto Antonio J. Gómez

Ilustración Diego A. Bartolomé

www.aquanovela.com

ajgomezcruz@gmail.com didroilustra@gmail.com

Primera edición: octubre de 2025 / Impresión y encuadernación: Liberis
Derechos de autor: A. J. Gómez & D. A. Bartolomé Letras canciones: A. J. Gómez
Corrección: Minerva Gallofré / Diseño: D. A. Bartolomé / Impreso en España

PRÓLOGO

Lo primero que debes saber es que esta es la historia de la búsqueda de un tesoro. Cuándo y dónde ocurrió apenas importa, pues hay historias, como esta, que suceden muchas veces, en lugares familiares o remotos, y que se repiten sin cesar bajo formas distintas. Baste decir que esta historia en particular ocurrió hace mucho tiempo, cuando los navegantes aún se orientaban usando la luz de las estrellas, y que su principal escenario fue el mar.

Allí, en las aguas del Gran Espejo, muy cerca de las Islas Sin Nombre, los pueblos antiguos hablaban de la existencia de un gran tesoro nacido del vientre mismo del océano: un secreto, un regalo de las aguas destinado a albergar su esencia y su poder. Las Madres Sabias, que ven lo que hay detrás de lo que existe, afirman que su forma es la de una esfera de oro, y que su destino es quebrarse y rehacerse, una y otra vez, hasta el fin de los tiempos.

Llamaron a este tesoro el Corazón del Agua, y pronto fue codiciado —como siempre ocurre— por aquellos que encuentran insuficiente su propio corazón. Muchos lo buscaron sin éxito, pues su paradero está cifrado en un mapa imposible: uno oculto a plena vista, hecho de luz y de sombras. Y, sin embargo, alguien lo encontró en una ocasión. Esta historia habla de ese momento y de todo lo que sucedió después. Todas las aventuras que siguieron, las batallas que se libraron, las victorias y las derrotas, todos los engaños, las traiciones y las búsquedas sucedieron porque alguien, una vez, decidió robarle el corazón al mar.

Pero esto no lo supo Nathaniel Reed hasta mucho tiempo después. En el momento en que comienza esta historia, su hogar aún estaba en tierra firme, en una casita llena de libros donde vivía entregado a su propia búsqueda. Porque esta es la segunda cosa que debes saber: que todo cuanto ves, todo cuanto existe, está sostenido por una búsqueda, y que a menudo estas búsquedas se entretejen como los nudos de una red, uniendo a aquellos que están destinados a navegar los mismos mares. El tesoro que algunos persiguen está hecho de metales nobles y cabe en el espacio de un cofre enterrado. Para otros, el tesoro es la gloria en la batalla o el recuerdo de una vida larga y feliz. Para un padre, el tesoro es la alegría en los ojos de sus hijos; para un rey, ocupar un lugar en la Historia; para un buen rey, ocupar un lugar en el corazón de su pueblo; para un sabio, conocer los secretos del mundo; para una costurera, sostenerse cada día gracias al fruto de su trabajo. Unos son nobles y humildes, otros peligrosos e inalcanzables, pero cada persona, antes o después, termina por descubrir el suyo, aunque a veces sea demasiado tarde para alcanzarlo.

El tesoro que buscaba Nathaniel Reed era entender el lenguaje de los cielos.

Muchos años atrás, cuando todavía era un muchacho, su hermano Samuel había conseguido que ambos entraran al servicio de uno de los más reputados astrólogos de la Corona inglesa. Llegaron a él tras un largo peregrinaje que los dos preferían no recordar demasiado, y cuyo origen se remonta al momento en que sus padres, que apenas disponían de un lugar donde caerse muertos, tuvieron a bien confiarlos como aprendices a un viejo peletero de Whitechapel a cambio de unas calzas, una saya de lana y un par de capas forradas con piel de oveja. La transacción resultó ser más provechosa para los abrigados progenitores que para el propio peletero, porque los hermanos terminaron escapándose del taller antes de que se cumpliesen tres días desde su llegada. Fue así como comenzó su periplo por los bajos fondos de la ciudad, que los llevó de un amo a otro, de una huida a otra, hasta que el azar quebró la rueda del carruaje que llevaba a su futuro maestro justo en la esquina del West End donde Nathaniel mendigaba fingiendo una lastimosa ceguera.

De no haber sido por la viveza de Samuel, que se ofreció enseguida a guiar al cochero hasta la herrería más cercana y hasta colaboró él mismo en el arreglo de la rueda, el incidente tal vez se habría saldado con el robo de unas pocas monedas, las justas para sobrevivir un par de días más, acaso una semana si el dueño era un hombre de posibles. Pero Samuel advirtió que el carro en el que viajaba aquel hombre llevaba grabado en la portezuela el escudo real, y por su dirección supuso que se dirigía hacia el Palacio de Whitehall, donde residía habitualmente la reina. Samuel, que por aquella época tenía esa edad en la que unos ven a un niño y otros a un hombre, desplegó todas las artes que había aprendido a lo largo de años de

supervivencia en las calles de Londres. Donde otros asaltaban, intimidaban, saqueaban o herían, Samuel agasajaba, sonreía, seducía o bromeaba.

—Las caricias casi siempre son más peligrosas que los golpes —solía explicar a sus compañeros de pillaje, como si intentara excusarse—, porque lo que abaten no es un cuerpo, sino un corazón.

De este modo, antes de terminar de componer aquella rueda, Samuel no solo se había ganado la simpatía del caballero del carruaje, a quien el cochero se había dirigido con el escueto nombre de Señor Dee, sino que consiguió que este los aceptase como criados a él y a su hermano Nathaniel, milagrosamente recuperado ya de su ceguera.

La buena posición del astrólogo, que gozaba de la confianza de la propia reina, hizo que la situación de los hermanos prosperase notablemente desde sus días en los arrabales de Whitechapel. Si bien su nuevo hogar no era especialmente lujoso, contaba con comodidades que ni siquiera se habían atrevido a soñar: suelos alfombrados, chimeneas en cada habitación, colchones rellenos de plumas en lugar de paja, e incluso un pequeño cuarto destinado única y exclusivamente a la deposición de los desperdicios del cuerpo. Y todo ello a cambio de casi nada, apenas un puñado de tareas domésticas y un poco de compañía.

Porque lo cierto era —aunque esto solo lo observaron más tarde— que, a pesar de codearse con la mismísima realeza y de desenvolverse con soltura en los mentideros más granados de todo Londres, el Señor Dee resultó ser una persona verdaderamente solitaria. Únicamente abandonaba su residencia en las ocasiones en las que, habiendo sido convocado por la reina, acudía a palacio para prestarle consejo. El resto del tiempo solía permanecer en su estudio, enfrascado en la lectura de viejos grimorios o elaborando complejos mapas celestes. Gracias a estos mapas, que tenían forma de rueda y estaban plagados de extraños glifos, el Señor Dee decía ser capaz no solo de anticipar eventos del porvenir, sino también de señalar el momento idóneo para iniciar cierta empresa, determinar la causa de un mal o hasta encontrar objetos perdidos.

Cuando Nathaniel, fascinado por aquellos dibujos, quiso saber cómo funcionaban, el Señor Dee respondió simplemente que representaban el cielo.

—El firmamento —les dijo— es como un libro escrito con astros en lugar de palabras. Sus páginas están hechas de la sustancia del tiempo, y su gramática es la geometría. Aprender a leer ese libro es la llave de todo saber, pues nada ocurre en este mundo que no esté escrito en algún lugar de las estrellas.

A decir verdad, ninguno de los dos hermanos terminó de entender las palabras del astrólogo. Después de todo, su educación jamás había salido de los sucios callejones del East End, donde las habilidades que se requerían para sobrevivir eran muy diferentes a las que

enseñaban los libros. Sin embargo, fue tal la curiosidad que el Señor Dee vio en ellos, que no tuvo más remedio que terminar enseñándoles los rudimentos de su arte. Aprendieron a leer recitando viejos tratados de astronomía, y a manejar los números calculando orbes y posiciones planetarias. Estudiaron los signos del zodiaco y la simbología de los planetas, a los que imaginaban como hombres y mujeres de carne y hueso, cada uno con su propio carácter y su modo cruel o amable de hacer las cosas. Y prácticamente no había una sola noche, terminada ya la labor y arrebujaos ambos frente al fuego, en la que no le pidiesen a su maestro que les contase qué nuevas había predicho en palacio aquel día.

Él procuraba restarse importancia a menudo. Solía decir que su trabajo no consistía en influir, sino en estudiar, pero aquella modestia no habría podido distraer a nadie del peso que sus palabras tenían en la corte. Durante años, el juicio del astrólogo fue determinante no solo en la política del país, sino en la propia vida privada de la reina, a quien llegó a aconsejar sobre el día más propicio para llevar a cabo su coronación. Ayudó a definir estrategias militares, a elegir las rutas navales más seguras y a evacuar con antelación zonas afectadas por incendios e inundaciones. Si todo aquello estaba escrito en los astros o en algún otro lugar aún más secreto era algo imposible de discernir. El caso es que las predicciones del Señor Dee se cumplieran, y eso hizo que sus consejos trajeran prosperidad al reino y a su propio hogar.

Así fue mientras vivió la reina. Sin embargo, con la subida al trono de su sucesor, un hombre pragmático y poco dado a creer en los designios de los astros, la suerte del astrólogo cambió, y con ella la de los hermanos Reed. Apenas se había iniciado el nuevo reinado, el Señor Dee, cuya influencia en la corte había comenzado a menguar de forma notable, advirtió al monarca de que su vida corría peligro.

—Ved, Majestad, que Marte está caminando en Virgo, y que Saturno el Maléfico cae sobre vuestro zenit en el signo del Arquero, y que uno y otro están enemistados, y que ambos descargan su saña sobre vuestro Sol. Habrá una acción cuidadosamente planificada, una conspiración tal vez, motivada por diferencias religiosas, y este acto de violencia, que se llevará a cabo de forma pública y notoria, podría costaros la vida.

Solo unos días más tarde, un par de alguaciles sorprendieron a un intruso que custodiaba varios barriles de pólvora en los subterráneos de la Cámara de los Lores, donde el rey iba a comparecer junto a su hija en un acto oficial. Los conspiradores, que resultaron sumar un total de trece y que pretendían devolver el trono de Inglaterra a manos católicas, fueron detenidos y condenados a la horca, y junto a ellos se prendió también al honorable señor John Dee, cuya precisa advertencia solo pudo explicarse por su necesaria participación en el complot.

Fue así como Samuel y Nathaniel Reed abandonaron el primer hogar verdadero que habían conocido para volver, una vez más, al desamparo de las calles del East End. Pero todo era diferente para entonces. Ya no eran unos niños desamparados, obligados a mendigar o a sisar las bolsas de los caminantes desprevenidos. Habían conocido la fortuna y el calor del hogar, y ahora sabían que era posible aspirar a una vida mejor, una vida lejos de un reino envenenado, capaz de ajusticiar en el mismo cadalso a sabios y asesinos. Por eso, tan pronto como comprendieron que ya no quedaba nada para ellos en Inglaterra, ambos se embarcaron en la primera nave que partía hacia el Nuevo Mundo, y fue aquí, en este nuevo reino de selva y de agua, donde el azar les tenía reservado el tesoro que cada uno de ellos, aun sin saberlo, estaba buscando.

Aquello no ocurrió de inmediato, por supuesto. Los caminos de la vida, como los del océano, rara vez describen líneas rectas, y los dos hermanos no tardaron en separarse. A Samuel le sedujo la vida en alta mar, mientras que Nathaniel, más sensible que él al malestar que le provocaba en el cuerpo el movimiento incesante de las olas, permaneció en tierra, donde empleó el saber que había heredado de su maestro para trazar mapas que luego vendía por un buen precio a los marinos. En esencia, los dos continuaron de algún modo el legado del Señor Dee, pues también Samuel aprovechó su conocimiento de los astros para ayudar a definir el rumbo de las naves en las que viajaba. Pero lo que uno estudiaba a solas, trabajando en silencio a la luz de un candil, el otro lo pregonaba alegremente en medio del bullicio de la tripulación, entre bromas, insultos y salomas, con la caricia del viento en el rostro y el sabor a sal mordiéndole los labios.

De cuando en cuando, cada vez que la nave en la que viajaba volvía a puerto, Nathaniel recibía la visita de su hermano, que casi siempre le traía algún regalo exótico procedente de sus últimas expediciones: especias y plantas aromáticas, piezas de vajilla, pequeños recipientes moldeados con la forma de dioses antiguos, copas de plata, piezas de a ocho. Y junto a ellos, traía también sus historias, pues cada uno de aquellos objetos resumía, a su manera, el resultado de alguna aventura. Unas veces el relato era sencillo y cotidiano, como un recipiente de barro; otras, en cambio, nacía de mitos escuchados en tierras lejanas, y adoptaba entonces la forma de un jarrón delicado y exquisito. Poco importaba. El caso es que aquellos cuentos, todos ellos, incluso los que Samuel parecía inventar por completo, eran para Nathaniel el mayor de los regalos de su hermano, pues en el entusiasmo de su voz volvía a ver al chiquillo risueño que componía ruedas rotas en los callejones de Londres, y al que a veces —aunque esto nunca se lo dijo— echaba de menos. No imaginaba entonces que uno de aquellos regalos sería también el último.

Cierta noche, al término de una travesía particularmente larga, los dos hermanos compartieron una botella de vino tras la cena. Samuel se balanceaba sobre las patas traseras de la silla. Encima de su hombro, medio adormilado, un frailecillo hundía el pico anaranjado entre las plumas. Fue allí, entre copa y copa, donde Samuel le habló de un tesoro cuyo paradero estaba cifrado en un mapa imposible: uno oculto a plena vista, hecho de luz y de sombras. No dijo más, salvo que se trataba de algo importante, y que estaba decidido a encontrarlo. A la mañana siguiente, zarpó de nuevo a bordo del *Ícaro*. Nathaniel asistió a la partida desde el puerto, y fue testigo de la sonrisa soñadora de su hermano, que alzaba el brazo desde la toldilla de la goleta en señal de despedida.

Después de aquel día, Samuel nunca volvió a ver a su hermano. Nathaniel, en cambio, aún habría de verlo una última vez...

Al principio, las noticias sobre el *Ícaro* se habían reducido a un puñado de rumores. Pasaron semanas sin que nadie supiese una sola palabra sobre su travesía. Más tarde, algún marinero que volvía a tierra aseguró haber avistado desde su propia nave el mascarón alado del barco, y más arriba, ondeando desde lo alto del palo mayor, la bandera negra con el emblema de la tortuga y la rosa. Nadie, ni amigo ni enemigo, había establecido contacto alguno con ellos. Muchos aseguraban que el *Ícaro* procuraba evitarlos, como si no desease que nadie conociera su rumbo, que parecía orientarse hacia el Oeste, a través de las traicioneras aguas que bordeaban un archipiélago remoto y poco explorado, conocido por los pueblos indígenas como las Islas Sin Nombre.

Tuvieron que pasar dos lunas completas para que el barco regrese por fin a puerto, pero, cuando lo hizo, Samuel ya no viajaba en él. Las historias, como siempre ocurre, no tardaron en prender como la pólvora. Y aunque casi todas diferían en las circunstancias que rodearon los hechos, la mayoría parecía coincidir en un mismo punto: que Samuel, movido tal vez por la codicia, había huido del barco en mitad de la noche, llevándose consigo el mayor tesoro que el mundo hubiera conocido jamás.

Después de aquello, Nathaniel no volvió a tener noticias de su hermano. Pensó que tarde o temprano regresaría, aunque tuviese que hacerlo a escondidas, y se prometió a sí mismo no juzgarlo ni cuestionar los motivos que le habían llevado a traicionar a los suyos, fueran estos cuales fuesen. Pero Samuel no regresó y, con el tiempo, Nathaniel llegó a aceptar que nunca lo haría. Tuvo que despedirse de su hermano a solas, rodeado únicamente por los libros donde ambos habían estudiado juntos el movimiento de los astros. Fue una despedida amarga, como todas las despedidas que nunca abandonan los labios y que solo suceden dentro del corazón. Pero tras ella siguió adelante, porque seguir adelante es lo único que queda cuando ya no queda nada más. Volvió a sus libros. Volvió a delinear mapas. Volvió a recibir los encargos de

quienes le pedían que leyese en las estrellas el paradero de un botín o el momento apropiado para iniciar una nueva campaña. Y en todo aquel tiempo, apenas volvió a cuestionarse el paradero de su hermano, y ni siquiera se atrevió a preguntarle a los cielos por ello, temeroso, tal vez, de su respuesta.

Por eso no esperaba recibir aquella carta. Y resulta curioso que llegase sin ningún aviso, sin ninguna señal que anunciara su trascendencia, teniendo en cuenta que es con esa carta con la que comienza esta historia. Apareció sin más una mañana, enrollada en la pata del frailecillo que siempre acompañaba a Samuel, que parecía aguardar mansamente en el alféizar de la ventana. Cuando Nathaniel se acercó al ave, esta no se movió. Se dejó hacer mientras le desanudaban el fino cordel que ataba la nota, y permaneció inmóvil durante los pocos instantes que Nathaniel precisó para leer su contenido. En el mensaje, cuyos trazos parecían haber sido garabateados con premura, Samuel le urgía a encontrarse con él en el lugar donde se había escondido los últimos tres años, y para que nadie más pudiera encontrarlo, si es que acaso aquella nota caía en manos indebidas, cifró su paradero en el único idioma que solo ellos podían comprender: un idioma hecho de astros en lugar de palabras y cuya gramática era la geometría.

Nathaniel Reed, que desde su llegada a las Indias apenas había abandonado su pequeño mundo de libros y de cálculos, tardó apenas unas horas en descifrar las indicaciones de su hermano, y poco más de un día en encontrar un barco que zarpase con el rumbo adecuado. Tuvo la precaución de recorrer el final de la travesía en solitario, salvando la distancia que existía entre su nave y el pequeño islote al que se dirigía a bordo de un pobre esquife, que a punto estuvo de sucumbir al envite de las olas. Y cuando por fin arribó a tierra, agotado y sin aliento, aún encontró la fuerza suficiente para lanzarse a toda prisa hacia la sencilla choza que se levantaba solitaria al final de la playa, como restos de un naufragio que la marea hubiese arrastrado hasta la orilla. Tropezó. Cayó de bruces. La arena saltó a su alrededor y se le pegó en la piel, empapada de sudor y agua de mar. Fue así, de rodillas, como Nathaniel distinguió el bulto lánguido e inmóvil que parecía esperarle al pie de la cabaña, y de inmediato supo que se trataba del cuerpo de su hermano.

Nathaniel se incorporó trabajosamente, pero ya no corrió. Por el contrario, se dirigió hacia él despacio, arrastrando los pies sobre la arena. Encontró a su hermano sentado en el suelo, con la espalda apoyada contra los maderos de la casa y la mirada perdida en algún lugar del horizonte. De su cuerpo, como de un odre agujereado y seco, brotaba una sangre ya lenta y oscura.

Esa vez fue Nathaniel quien se dejó caer. Durante un tiempo, se limitó a permanecer allí, sosteniendo la mirada ciega de Samuel. Hizo un esfuerzo por encontrar en aquel rostro algún

vestigio de su eterna sonrisa, de su expresión cómplice y sagaz, del brillo casi infantil de sus ojos. Pero todo aquello, todo lo que Samuel había sido, ya no estaba allí. Nathaniel no supo cuánto tiempo más duró aquel mudo diálogo. Estaba seguro de que era de día cuando su esquife tocó tierra, y ahora el sol empezaba a retirarse, alargando las sombras. Sin saber cómo, su atención había ido a parar a las manos de Samuel, pero no fue consciente de inmediato de que aquello que observaba era un pequeño trozo de lienzo que sobresalía de su puño apretado. Tuvo que hacer uso de toda su voluntad para salir del aturdimiento en que se encontraba, y precisó un esfuerzo aún mayor para acercarse a su hermano y separar uno a uno los dedos que la muerte había trocado en duros garfios de hierro.

Cuando logró deshacer el nudo, ocurrieron dos cosas: el lienzo que guardaba se desprendió de su mano, y junto a él, una pequeña lasca de oro rodó hasta el suelo y fue a caer a sus pies, sobre el último rayo de sol. Nathaniel la recogió con delicadeza. Tuvo la sensación de que la pieza de oro vibraba entre sus dedos, como si algo, una fuerza invisible que no alcanzaba a entender, fluyese como un oleaje en el interior de su diminuta superficie. Era apenas del tamaño de una moneda, pero su forma caprichosa sugería que debía ser solo un fragmento, una pieza desgajada de un objeto mayor.

Luego tomó el pedazo de lienzo y vio que había algo escrito. Pero esta vez el trazo no era nervioso, sino torpe, y el mensaje que contenía, escrito en la lengua común, era directo y simple: «Devuelve el tesoro al Capitán Víctor Drake». En el reverso, garabateado pobremente y manchado de sangre, su hermano había dejado un último mensaje: el dibujo de un kraken que abrazaba con sus tentáculos un sable pirata.

Nathaniel reconoció el emblema y, cuando lo hizo, la vista se le enturbió, y todo cuanto le rodeaba comenzó a perder consistencia. El trozo de lienzo, la pieza de oro, la cabaña, la playa, hasta el cuerpo de su hermano... todo pareció fundirse de pronto en una sola masa gris que estuvo a punto de hacerle perder el sentido.

Cuando se levantó, desorientado y enfermo, dejó que sus pasos lo alejasen de la cabaña en dirección al mar. No hacia el esquife. Hacia el océano mismo, hacia el rugido de las olas que rompían en la arena, como si respondiese a un llamado secreto procedente de las profundidades del mundo. No fue consciente del momento en que entró en el agua. Dejó que la resaca lo arrastrase dócilmente hacia el interior, hasta que su camisa suelta flotó en torno a su cuerpo y la espuma empezó a salpicarle el rostro.

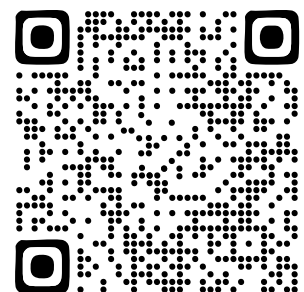
Y seguramente habría continuado avanzando, hundiéndose cada vez más en el océano, de no haber visto lo que vio entonces. Porque allí, a pocos pasos de él, extrañamente inmóvil entre el ir y venir incesante de las olas, había un tonel de aspecto antiguo que parecía, de algún modo que no pudo explicar, inmune a la corriente. El tonel flotaba sobre la superficie del mar,

pero este no lo alejaba y tampoco lo acercaba hasta la orilla. La visión fue tan extraña que consiguió despertar a Nathaniel de su ensimismamiento. Se dirigió hacia allí. Se acercó al tonel luchando, él sí, contra el océano, que lo arrastraba como si fuese una brizna de hierba. Y cuando estuvo a su lado, con el corazón latiendo en la garganta, puso sus manos sobre el borde y se asomó a su interior, sin saber que ese gesto iba a condicionar no solo la suya, sino muchas otras vidas.

Porque esto es lo último que debes saber, la advertencia final para esta historia: que a menudo son los tesoros que buscamos los que nos encuentran a nosotros, en lugares inesperados tal vez, acaso bajo apariencias distintas, esperando en secreto que seamos capaces de reconocerlos.

Contuvo el aliento. En el fondo del tonel, acurrucado como un animalillo agotado tras el llanto, dormía un bebé. El pelo castaño le caía mojado sobre el rostro, ocultando sus facciones, pero Nathaniel supuso que no debía de tener más de dos o tres años. Solo al alzarlo se dio cuenta de la cola de escamas brillantes, casi cristalinas, que ocupaba el lugar donde deberían haber estado sus piernas. El bebé no despertó de inmediato. Se quedó allí, tranquilo entre sus brazos, y tampoco Nathaniel hizo nada más. Durante un tiempo que nadie pudo precisar, los dos se quedaron inmóviles en medio de las olas, y fue como si el mundo entero se redujese en aquel instante a aquel hombre roto que acunaba contra su pecho a un bebé dormido. El sol se había puesto ya. El mar continuaba meciéndolos con su oleaje, como la respiración lenta y poderosa de una criatura inconcebible. Y sobre ellos, en el cielo ya oscuro, la primera estrella nocturna se iluminó en la bóveda celeste, allí donde los antiguos situaron la región de las constelaciones marinas, a la que dieron el nombre de Aqua.

www.aquanovela.com



Aqua

Antonio J. Gómez &
Diego A. Bartolomé

